

Unamuno

"Recordando a Queda"

La Nación

28 octubre 1928

## La casona de Tudanca

## III

El tiempo de don Pedro Juan de la Cuesta, sobrino político del perulero don Pascual, fué cuando ocurrió, en 1795, un suceso de gran resonancia en Tudanca y de indudable importancia en la historia universal del valle de Río Nansa. Fué el intento de robo, a mano armada, del aposento secreto en que se guardaba la plata en la casona. A falta del relato que del suceso hiciera el propio don Pedro Juan, poseemos para documentarlo como la investigación histórica exige, la carta en que su hermano don Antonio contesta a la que aquél le escribió. Está fechada a 3 de marzo de 1795 y dice así: "Querido hermano (lo dice en abreviaturas, pero como este mi relato no es de edición crítica y paleográfica, lo redondeo) Pedro: Por dos cartas de Cabuérniga que han tenido estos canónigos, he sabido el chasco pesado, aunque feliz, que tuvisteis el día 5 del pasado con la visita de ocho caballeros que a balazos desquiciaron la Puerta de Casa, pero que no pudiendo vencerla por los aldabones que tenía y por la leña que por dentro les arrimasteis, se marcharon a Cabuérniga, en donde los persiguieron, hirieron a uno gravemente y huyendo todos sin el menor daño de los que los acometieron..."

9 X Pero el documento verdaderamente interesante para este magno suceso de la historia universal de Tudanca es la carta que sobre él le dirigió a don Pedro Juan su hermano don Gregorio, mariscal de campo entonces en el ejército que hacía la campaña del Rosellón contra los ejércitos de la Revolución Francesa. La carta está fechada en Gerona, a 16 de marzo de 1795 y dice así: "Hermano querido: por la tuya del 20 del pasado he visto el ataque y defensa de la noche del 5, tan reñido y obstinado que otras de menor entidad se han publicado en esta guerra. Considero que el susto de la familia sería grande y no extraño que haya producido algún quebranto en la pobre Rosa, que estaría bien distante de verse jamás en tal apuro. No acabo de admirar la inacción y pusilanimidad de esos vecinos que sólo a pe-

dradas desde sus casas y huertos no debían dejar con vida a ninguno de los ocho agresores. Conviene por sí repiten el proporcionar alguna tronera o ventanilla estrecha que facilite disparar desde adentro a todo el que se aproxime a la puerta, y fortaleciendo ésta no es fácil forzar su entrada. Aquí seguimos sin particular novedad y dudando aun si es cierta la deposición de Pitt, cuyo suceso podría influir mucho para la conclusión de la guerra. Memorias a todos y manda a tu fino hermano—Gregorio".

Esto escribía don Gregorio de la Cuesta cuando, siendo mariscal de campo—general de división—de los reales ejércitos españoles le estaba encomendada la reconquista de la Cerdeña española y entrar en la francesa, cometido que cumplió de tal modo que al firmarse la paz con las tropas de la República pudo escribir a su hermano, desde Pulgerdà, el 7 de agosto de 1795, que "ningunas tropas de Europa pisan hoy el territorio francés sino las mías". Los consejos tácticos del mariscal de campo fueron seguidos y hoy tiene la casona sus troneras para poder hacer fuego cruzado. Y en estos días de torpísima cobardía pública que corremos en España es de recordar la admiración de don Gregorio por la pusilanimidad de los tudancos que no supieron rechazar a los ocho "caballeros" agresores, predecesores de los pistoleros de hoy. Y es que vivimos como el mismo don Gregorio habría dicho, con una de sus más felices expresiones—y tuvo muchas, pues fué el fino hermano un finísimo escritor de cartas de familia—"tranquilos y miserables".

9 X Pasó el suceso del 5 de febrero de 1795, dejando que en torno de él fraguara la leyenda, que aun vive, y la familia de don Pedro Juan siguió sabiendo, en su rincón de Tudanca, lo que ocurría en la Europa, preñada por entonces de historia universal, por las cartas de don Gregorio, que mezclaba en ellas recuerdos del dulce vallecito nativo a noticias de la epopeya revolucionaria. Decía, por ejemplo: "No atino dónde está Almansa, a dos jornadas de la Puente" y a renglón seguido: "Por las últimas noticias quedaba Buonaparte (sic) con su ejército a 26 leguas de



Recordando a...

Viena, a donde se dirige sin resistencia".

Fue siguiendo la familia de la esposa de Tudanca el curso de la historia universal, la epopeya napoleónica, mientras oía el canto del Naufrago y el murir de los becerros y el silencio de las montañas y murió el siglo XVIII al dar a luz al XIX. Dos siglos que armados el uno contra el otro se sometieron al Hombre del Destino, como esperando el hado, como cantó Manzoni en su oda funebral. Y entró el siglo XIX, nuestro padre, y después de puesto, el sol de las batallas en el islote de Santa Helena costó sobre la humanidad europea el vendaval del romanticismo, el culto a la Luna. Todos se volvieron lunáticos o hicieron como que tal. Nicomedes Pastor Díaz cantaba a la Luna. Espronceda, por su parte, cantaba al Sol.

¿Y en Tudanca? Don Pedro Juan dejó un hijo, don Antonio, y de éste fueron hijos Manuel, Antonio y Francisco. Sobre la cabeza, y acaso sobre el corazón de Manuel, sopló el vendaval romántico. Enumoróse de una castellana de un castillo de lierras de Campóo, Rafaela Mioño, ascendiente de los duques actuales de Santo Mauro. En la casona se conserva una pintura, "a la oriental" de una rosa, trabajo de minuciosa y discreta finura—recuerda el de los dechados—firmado: Ra. Mioño. A esa rosa, con sus pálidas hojas de un verde recatado, dedicó una poesía Manuel. El cual tuvo que romper el idilio con la castellana y al cruzar la sierra de Sejos, que divide Campóo de Tudanca, despidiéndose de su amada, en 28 de noviembre de 1839, escribía, entre otras, esta estrofa: "Altas cruces de nieve cubiertas—en la sierra por trechos se erguan—donde nombres de muertos se vían (sic)—que ateridos murieron allí:—y su fúnebre aspecto y terrible—más envidia que espanto me diera;—ojalá que una cruz de madera—se levante en la sierra por mí". Pero no se levantó semejante cruz; Manuel casó con otra que la de la rosa, fué rector de la Universidad de Valladolid, y dejó en Tudanca una colección, manuscrita, de poesías románticas que su bisnieto, José Ma. de Cossío, actual señor de la casona, se propone publicar. Y lo merecen tanto como otras que se han publicado. Me ayudarán, cuando menos, a conocer mejor aquella invasión lunar del romanticismo que doró las brumas cantábricas y a la que vuelven con añoranza nuestros espíritus.

Hermano de don Manuel fué don Francisco, don Chicho, el don Ceiso de Pereda que nos ha dejado para siempre su retrato moral. Moral tanto o más que literario. Don Chicho, dechado de bondad, fué la providencia patriarcal de Tudanca, el tronco del árbol de la comunidad civil rústica. Su muerte, que el novelista ha contado en sus mejores páginas, es una perpetua resurrección.

A don Francisco sucedió en el señorío de la casona su hermano don Antonio, magistrado jubilado, que fué a envejecer y morir lentamente en el nido montañés. "Hombre muy serio y de pocas palabras" me decían los tudancos que le conocieron, que ejer-

ció una especie de cacicato, aunque providente y moral, algo violento y de arbitraria justicia. Protegía a sus convecinos, pero gustaba de que se arrimasen a él, lamiendo la camella. La camella es el arquillo del yugo y esa expresión, equivalente a lamer el yugo, es corriente en Tudanca y de gran fuerza. Este don Antonio ha dejado unos apuntes biográficos, inéditos, del general don Gregorio, hermano de su abuelo.

He dejado otros recuerdos como el de cuando estaba refugiado en la casona el general Ros de Olano, con otros políticos, recibieron una noche, por un propio, noticias de la caída de la Regencia de Espartero, lo festejaron y volaron a Madrid. Al propio se le echó la llave por una ventana.

Ahora os voy a decir algo más particularmente del general don Gregorio de la Cuesta.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA



IV

El capitán general D. Gregorio de la Cuesta

ENTRE los regalos de espíritu que debo a mi estancia en la casona de Tudanca no es el menor el de haber trabado conocimiento con el general don Gregorio de la Cuesta (1741-1811), el vencedor de la batalla de Talavera, a quien sólo conocía por lo que de él nos dice el conde de Toreno en su consabida historia del levantamiento y guerra de la independencia de España contra Napoleón el Grande. Toreno le atribuía "la fatal manía de dar batallas"; tenía, al parecer, resentimientos contra él y acaso, como asturiano, era émulo de las glorias de la Nación Montañesa, que habría dicho el perulero don Pascual Fernández de Linares.

En la sala principal de la casona de Tudanca se ve un retrato al óleo —copia de otro que hay en Valladolid— del don Gregorio "capitán general de los reales ejércitos y de Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Extremadura y Mallorca; gobernador del Supremo Consejo de Castilla; gran cruz de Carlos III". Y en el archivo de la casona se conservan las cartas que el general dirigía a su hermano don Pedro Juan, habitante en la casona, cartas de un grave y discretamente sentencioso estilo familiar siglo XVIII.

Primero una carta que don José Patricio, obispo que fué de Ceuta y de Sigüenza, dirigió a su sobrino, don Gregorio, cuando sus jefes le señalaron para el manejo de los cañones, carta henchida de sentenciosos consejos a tono clásico, en que le habla del "pundonor cristiano" y del vicio que siendo "obispo de militares" pudo observar en éstos, con dolor suyo, y era "en el modo de llorar sus agravios" recurrir "más a los deméritos ajenos que a los méritos propios". Se publicará, porque lo merece, esta carta del obispo de Sigüenza a su sobrino el alférez.

Son de especial interés las cartas que don Gregorio escribió a su hermano desde América, adonde fué a servir al rey, y donde se casó con doña Nicolasa López Liesperberg, hermana del marqués de Casa-Real.

En carta escrita en Lima el 5 de agosto de 1788, después de haber del nuevo virrey, caballero de Croix, y dar noticias del perulero don Pascual, lo que ya transcribimos, añade: "El soldado raso tiene aquí 400 reales mensuales; no sé si lo pasará mejor que con los 40 que tiene en España, porque una vara de bayeta burda cuesta 80 reales y un par de medias de seda 240 y poco hace subieron a 500. Acuérdomo muy bien que el sayo del tío Domingo Carmoña tenía quince años de servicio y no había costado 15 reales, y aquí me cuesta 15 pesos la vara de paño para uniformes y está indecente a los 15 días, con que la verdadera riqueza está en ese país y no en éste. Los dos tudancos que me acompañan todo les queda menos el volver a comer buena..."

En carta de 15 de enero de 1787, fechada en Somos, decía: "...Considero algunas veces que cuando no hubiera otras razones para probar la injusticia con que España adquirió estos dominios, bastaría la observación de que en más de dos siglos no ha acertado aquel Gobierno con un régimen conveniente para estas colonias a pesar de tantos planes y reformas que casi pueden contarse por el número de ministros. Las colonias americanas gobernadas por las demás naciones de Europa florecen y prosperan; las nuestras decaen en la miseria sin comercio, sin industria, sin costumbres, ni más recurso que las minas, arruinadas por falta de brazos. Casi todos los empleos políticos y eclesiásticos han sido comprados y la estafa se halla más autorizada que en tiempo de los corregidores, sin haber hecho más que mudar de nombre. Pienso que es difícilísima cosa el gobernar, cuando apenas encuentro quien lo haga medianamente; consolémonos, pues, de nuestra mediocridad y allá se las hayan otros con sus desconciertos". Esta carta, en la que se dice cosas análogas a las que decimos hoy los que combatimos la conquista de Marruecos, está no más que rubricada. ¿Temería algo el buen soldado del rey de España?

Con fecha 15 de enero de 1788 escribe desde la Plata: "...El próximo aviso nos dará más luzes sobre varias mutaciones en la forma de gobernar estos desgraciados restos de nuestra antigua conquista, desde cuya época se han producido no más de dos siglos tantos y tan diversos sistemas sobre su esclavitud y destrucción que sólo se ven ya inmensos despoblados y trecho en trecho algunos semi-racionales sin religión, sin costumbres y anegados en la superstición y la miseria, dotados sólo de aquella indolencia que produce el abatimiento. La estupidez del indio y la



# Recordando a....



relajación y aversión del europeo for-  
man aquí un torrente de viejos que  
inunda todas las clases y así no de-  
be esperarse remedio humano".

Volvióse a España don Gregorio,  
añorando siempre su rincón tudanco,  
estalló la Revolución Francesa y fué  
destinado, como mariscal de campo,  
a pelear en el Rosellón, a las órden-  
es del general Urrutia — aquel de  
quien nos dejó Goya un estupendo  
retrato, — y en 7 de agosto de 1795  
escribía desde Puigcerdá a su her-  
mano: "Hermano mío: Nicolasa te  
habrá dicho que Dios se ha dignado  
coronar completamente la empresa  
que se me confió de conquistar la  
Cerdeña. El 26 del pasado entré en  
ella, tube cinco reñidos combates y  
el resultado fué apoderarnos de am-  
bas Cerdeñas, francesa y española,  
de cerca de 4000 prisioneros que des-  
filaron pronto a Barcelona, entre ellos  
tres generales y toda la artillería, ar-  
mas, municiones, etc. . .". Y en post-  
data añade: "Ningunas tropas de Eu-  
ropa pisan hoy el territorio francés  
sino las mías".

En la campaña le perseguía la mor-  
riña del vallecito natal. Los árboles  
del Pirineo catalán le recordaban los  
del valle del río Nansa. Pedía notic-  
ias y preguntaba hacia dónde caía  
Arnañó, al lado de Potes, que no es-  
taba en su geografía de guerrero eu-  
ropeo. En una carta, fechada en Bar-  
celona a 20 de septiembre de 1796, es-  
cribe: "Hermano querido: Si hubie-  
ra sabido que Vs. Ms. estaban en boda  
no hubiera extrañado tanto el silen-  
cio, pues el salir de dos nistas a un  
tiempo es asunto de grave ocupación;  
sea enorabuena y ten por cierto que  
me hubiera divertido más en acom-  
pañar a Vms. en la fiesta que en re-  
bolber cartapacios en busca de la  
verdad y de la justicia. Supongo que  
Rosa habrá pasado también el Pan-  
trieme in honorem tanti festi y que  
se habrá brindado por los ausentes.  
Dios te conceda el gusto de acariciar  
a sus viznietos". A los de su mujer  
y los suyos, ¡delicadísimo rasgo!

Los cartapacios que tenía que re-  
volver el general eran los del pro-  
ceso que por la rendición del Casti-  
llo de San Fernando de Figueras, se  
les formó a su gobernador y 41 ofi-  
ciales que capitularon, y don Grego-  
rio era presidente del Consejo de Guer-  
ra. Suceso de gran resonancia en  
aquella época. Y respecto a lo cual  
escribía don Gregorio a su hermano

desde Barcelona el 21 de diciembre  
de 1796 diciéndole: "Juzgas bien en  
qué no tenemos las calidades de fines  
políticos, ni debemos desearias si co-  
mo es forzoso nos habian de condu-  
cir por veredas torcidas aunque de-  
masiado trilladas. No temas que el  
juicio de esta causa me ocasione des-  
gracia alguna si acierto con la justi-  
cia, pues a quien no desea ya sino  
algún descanso en poco le podrán  
dañar".

Tenia 55 años don Gregorio cuan-  
do decía no desear ya sino algún  
descanso, acaso en Tudanca o la Las-  
tra, si en ello se aviniera su Nicola-  
sa, la criolla, pero en 1808, teniendo  
él 67, se levantó su patria contra los  
ejércitos imperiales de Napoleón —  
Buonapart, que decía don Gregorio,—  
y tuvo el viejo general que volver a  
entrar en campaña. No he visto car-  
tas suyas de esta época de su vida.  
Murió en 1811, a sus setenta años de  
edad. Murió antes de que fuese echa-  
do de su patria el invasor extranjero,  
cuando todavía pisaban tropas imperi-  
ales francesas el suelo de España.  
Durante su vida se quejó alguna vez  
de que estaba gastando una "salud  
ociosa". Habían querido hacerle sa-  
cerdote y él quiso ser y fué soldado.  
Y por esto le escribía su tío el obis-  
po de Sigüenza, en 28 de julio de 1782,  
cuando el futuro capitán general te-  
nía 21 años: "La diferencia que hay  
entre tu carrera y la mía es que yo  
sin culpa alguna y habiendo satis-  
fecho cuanto estaba de mi parte pu-  
de quedarme y deslucirme en un ejer-  
cicio de oposición, que son nuestras  
campañas y funciones; ni con sacrifi-  
car mi propia vida era posible vindic-  
ar el deshonor que padeciera, pe-  
ro un soldado, cumpliendo y haciendo  
su oficio hasta morir, muere en el  
lecho del honor".

El fondo de toda historia, hasta en  
lo que tiene de universal, es el valle  
de Tudanca, brizado por el canto del  
torrentoso Nansa.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA